

¿ADÓNDE VA LA CULTURA URUGUAYA?

Por

Carlos Real de Azúa*

En: *Marcha*, n° 885, 25/10/1957, p. 22-23.

El presente trabajo, cuya primera parte publicamos en este número, fue escrito para el suplemento del diario "El Comercio" de Lima, constituyendo con otro de Emir Rodríguez Monegal "¿Adónde va la literatura uruguaya?" la contribución nacional a un planteo conjunto en torno a los rumbos de la vida espiritual iberoamericana.

Es corriente que los uruguayos imaginen a su país ornado de cierta superioridad en el conjunto de Iberoamérica. Y alguna vez tuvieron sus razones. Hacia la mitad del siglo pasado, la constelación (en buena parte argentina) que ensayó la palabra y los gestos románticos tras las murallas del Montevideo sitiado; a principios del presente, nuestra "great generation" de modernistas y americanistas; la temprana extensión y ambición, en seguida, de todos los grados de la enseñanza, fueron determinantes de un brillo indiscutido. Un brillo que, paradójicamente, la reducida magnitud territorial del país, su escaso peso en términos de poder, hacían más excepcional, más digno de atención y de aplauso. Lo cierto es que, desde entonces, la fórmula resabiada de una nación "pequeña por su extensión pero grande por su espíritu" ha sido para los uruguayos uno de esos eficaces excitantes del orgullo local (o uno de esos lenitivos de sus depresiones y sus fracasos), que los pueblos encuentran o se inventan. Aunque se reconocía que el Espíritu nunca sopla donde "uno" quiere y que ciertas individualidades egregias no son (simplemente) el resultado de un ambiente caldeado exactamente, creíase que, de algún modo, operaba en el nuestro un "carisma" que las seguiría suscitando. Por ello después de esa gran floración del 900 (que los más optimistas, los más patrióticos de las siguientes generaciones, no dejaban de reconocer que en cualquier plano quedaba irrepetida), todavía la satisfacción del "nivel", sino la de la "cima", parecía posible. Y con esta conversión aquel estado de ánimo hallaría, de precaria manera, varias décadas de sobrevivencia.

Entiéndase bien que no se quiere sugerir que tal satisfacción sólo deba registrarse en un puro y clausurado pretérito. La conformidad con nuestra cultura, la abundante réplica que alguna rara comparación desfavorable encuentra, nos estaría diciendo que, si no en los sectores creadores o, por lo menos, enterados, esta conformidad ante la actividad cultural en el país (desechamos "in limine" la indebida hipóstasis de una "cultura uruguaya"), es uno de los ingredientes más firmes de nuestra personalidad social. Pero si, como tantas veces se ha observado, la fe en la ciencia no es Ciencia, ni tenerla define al científico, la satisfacción, y aun la reverencia, ante la cultura (y aun la tonante "defensa") no configuran "el ser culto".

II

LOS VIEJOS SUPUESTOS

Es imprescindible, sin embargo, antes de pasar a otra cosa, tratar de definir en qué creencias (o en qué mecanismos) descansaba y descansa este optimismo, ya que su ruptura y,

seguramente, su falsedad, serán las que dibujen, a contrario, la inocultable crisis. La pregunta y pronóstico del título (que tiene algo de pie forzado) descansa en buena parte en el diagnóstico de un presente generosamente recortado y éste a su vez se enfeuda, dramáticamente, en la precisión o el desvarío de los pronósticos pasados.

Si desde la época de *Ariel*, de *Lógica Viva*, de *Los éxtasis de la montaña* y de los *Cuentos de Locura*, de *Amor y de Muerte* hasta el fin de la Guerra Mundial II se recortan los supuestos, se tendrían, más o menos, los siguientes:

1) El "supersistema", que diría Sorokin, es la Modernidad cultural, inmanentista, naturalista, optimista, humanista, esencialmente "sensista" (sin rechazar, psicológicamente, lo supernatural y lo místico). Este "supersistema", con dilatada vertiente literaria y una científica mucho más corta, experimentaría un desarrollo que va desde la impostación "idealista" y antipositivista de principios de siglo hasta la boga muy posterior de un sociologismo, un economismo y un historicismo distintos a aquellos que el idealismo revisara.

2) Concebido fundamentalmente como un gran organismo que cubre a Occidente entero, pensábase que especiales circunstancias geográficas e históricas (estar al margen, ver todo en perspectiva, no sufrir bajo "las maldiciones del pasado") hacían de la tarea cultural iberoamericana una síntesis, feliz y enriquecedora, de las diversas culturas nacionales que aquel "supersistema" integraban. Sería una versión más libre y, sin duda, más desembarazada, pero también sustancialmente idéntica (salvo una o dos generaciones de retraso) a aquella versión europea que las relaciones de dominio y una serie de perspectivas (de centrismos) raciales, de clase, de continente, identificaban con "lo universal".

3) En la conciencia de ese deber, tan vivo en Rodó y al cabo, tan íntimamente estéril, lo específicamente uruguayo agregaba (también) una nota distinta y en cierto modo contradictoria. Nuestra condición de país étnicamente europeizado, chico, sin desmesuras ni tragedias, de clima o de extensión o de raza (no éramos una "república de indios") nos puso orgullosamente al margen de las características (entendidas como lastres y no como posibilidades) de lo americano. Nuestra ubicación en la periferia atlántica del hemisferio nos permitiría, así, ser personajes, sin ser protagonistas, de la peripecia común, estar a sus maduras sin estar a sus verdes, tener protegida la retaguardia sobre una Europa paterna, nutricia, segura a través de un océano que el poder inglés (o norteamericano) asían firmemente.

4) ¿Cuál era el contorno de "la cultura" (no ya su hálito) cuya residencia, cuya trascendencia así contemplaban? Fundamentalmente, las actividades "superiores" del espíritu: ciencia, filosofía, artes; un repertorio de valores "desinteresados" que ningún estamento asumía especializadamente y que una fe de tipo iluminista (inteligencia, alfabetización) confiaba que fueran irradiando sobre crecientes actores de la sociedad. Pensábase, sin embargo, que las circunstancias del desarrollo americano y las urgencias de una vida social practicona y turbia mutilaban en exceso a esa cultura de una última dimensión "libre" o "desinteresada" de su ejercicio. La confusión de lo "desinteresado" con lo que (según Dewey) no tiene un interés específico, la identificación entre el interés en sentido lato y el interés material, inmediato, puede parecer demasiado extraña a todas

nuestras presentes concepciones. Sin embargo, la necesidad de "lo desinteresado", como la de "lo libre" en oposición a lo profesional y a lo reglamentado fue, durante décadas, la gran aspiración de nuestra cultura, postulándose en unas Humanidades y en unas Ciencias que florecerían con que sólo el Estado las dotara generosamente.

5) Aunque este ideal y sus logros provisorios no se condicionaran a sistema político definido, operaba la convicción de que la libertad, espiritual, social, económica y las garantías formales de la democracia configuraban su ámbito inmejorable. Hasta el 30 todo esto era lo seguro; a partir de ese entonces y ante un jaque universal que amenazaba muchísimo más que a ellos, el cuadro de presupuestos políticos e institucionales se carga de una intensa (y ambigua) religiosidad. Los últimos años de la Década Rosada, el decenio largo que corre desde la reocupación del Rhur hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial harán de la Democracia no sólo el mejor modo de convivencia social sino toda una concepción de la vida, una cosmovisión, una cultura.

III LAS DOS CULTURAS

Nuestra actual situación tiene que ser la que refrende, o desmienta, el acierto o desacierto de esos supuestos sobre los que, durante cerca de medio siglo, nos movimos. ¿Qué fenómenos, entre la innominada masa, destacar?

Ante todo una separación creciente, neta, entre la cultura concebida como privilegiada ocupación de ciertos espíritus selectos y la cultura entendida como repertorio de valores o ideales últimos de la colectividad, de instituciones y modos de vivir de la comunidad entera. Siempre ha sido normal una diferencia entre ambas: de calidad, de espiritualidad, de intensidad. Fenómeno rigurosamente actual, en cambio (que muchos identifican con "la rebelión de las masas", el maquinismo, la ruptura de la estratificación, la magnitud de la propaganda), es el de un "divorcio" total entre las dos. En el Uruguay, como en todas partes, se ha repetido el proceso.

La cultura, en sentido "intelectual", ha seguido viviendo entre forcejeos, sostenida en la vocación sacrificada de unos pocos y apoyada (a lo más) en dotaciones presupuestarias del Estado siempre crecientes y siempre insuficientes. No es posible ocultar que como una comunidad se hace normalmente más densa, más enmarañada y más "seccional", pese a millones y a vocaciones nuestra cultura pierde cada día influencia en la comunidad y cada día se ve reducida un poco más a los ambientes especializados (y aún profesionalizados). La otra Cultura en sentido amplio, como en todas partes aparece de más en más enfundada a las consignas y a los intereses de los grupos dominantes: capital, castas políticas, poderes nacionales del Mundo (no sólo de Occidente, con ser lo occidental tesis prevalente). Opera a través de la avasallante masificación de los medios de propaganda y publicidad que el maquinismo y la técnica han puesto en manos de los fuertes. Y no es, naturalmente, un puro hecho nacional que el caudal casi complejo de cultura que se nos sirve responda a los patrones fijados por los que tienen en el mundo los hilos de la cultura de masas: cadenas internacionales de radio, revistas, agencias informativas, cine, editoriales. Estos patrones: "el entretenimiento", la noticia, la emoción erótica, "lo sensacional", la vulgarización

científica; estos patrones (y todos los valores implícitos que ellos portan) son, y sin escape, la cultura para el noventa y nueve por ciento de las gentes. Como a todas las comunidades subdesarrolladas les ocurre, como a todos los continentes "periféricos" les pasa, estos repertorios que se nos infligen cuentan poco con nuestro visto bueno y para nada con nuestra inspiración. Internacionales y unificados, dejan, naturalmente, una escasa (sino nula) posibilidad para cualquier expresión creadora de esas notas diferenciales que todos los pueblos alguna vez tuvieron; que los nuestros tal vez tengan (todavía). Y si se piensa que hasta detrás de las Cortinas (de hierro o de bambú) los grandes de la música popular y del cine occidental son adorados, ¡hasta qué punto "la masa" no pasará triunfalmente las aduanas de una sociedad como la uruguaya! Una sociedad que desde el más lejano pasado hizo timbre de orgullo de su receptividad para lo extranjero, de una sociedad incapaz de la suspicacia (salvo las suspicacias políticas especializadas) de ver detrás de lo que se le ofrece los cebos de alguna dominación. (O, por lo menos, de ver las correlaciones, naturales, entre lo uno y la otra.)

Lo cierto es que sólo en ciertas formas semicultas del humorismo, periodístico o radial, en la crónica deportiva, en la música popular y en el deporte mismo es que pueden refugiarse hoy, y no sin desajustes, las efusiones (broncas, o desagarradas, o chabacanas, o sensibleras) de algunos rasgos propios. Las nostalgias terruñistas que se expiden en cierto cursi folklorismo nada significan; es en las anteriores expresiones que los mitos y los cultos nacionales: el tango y su dios, el fútbol y sus semidioses, el mate y sus fantasmas, en cuanto diferenciadores, tienen vida. Es en las anteriores expresiones que nuestros carismas nacionales: el misterioso (y fallido) de la "sangre charrúa", el de la imprevisión, la improvisación y el ocio poseen, por ahora, cierta indudable eficacia religadora y aún religiosa; salvan, mal que les pese a muchos, cierta fisonomía uruguaya. Comprobamos el hecho, nada menor; puede pasar, más allá de él, que todo se fosilice mañana irremisiblemente, que todo se haga característica de algún "uruguayo invisible". Podría pasar también que el caudal de vivencias se integre un día en algún enérgico prospecto nacional que, deliberadamente, lo utilizara. (Y que sin duda saldría de muy distintos hontanares.)

Más diferenciados, aunque igualmente graves, son los ya aludidos rasgos de "la otra" cultura. Ante todo, una inocultable esterilidad, una parquedad de frutos que podría engranarse en la tan debatida esterilidad de América entera, latente desde los polemistas que comentara Antonello Gerbi hasta las diatribas de Baroja o de Papini. Una cultura de repetidores. Una cultura de consumidores. Una cultura de espectadores. Pobre esa cultura por las tres definiciones en su instancia creadora; aun extrañamente configurada en ella.

IV TRADICIÓN, SITUACIÓN Y ALINEACIÓN

Si, a cubierto del floripondio americanista, aceptamos la presente inferioridad de nuestra cultura, especialmente en sus dimensiones científicas, técnicas e ideológicas, es sólo una limpia aceptación de la realidad el que tomemos de las metrópolis todos los patrones culturales básicos. (Distinta será una actitud más extrema que tendremos oportunidad de revisar.) La participación de todos los pueblos en los bienes universales de la cultura es un

libre-cambio que sólo soporta un criterio único de medida y uno de los pocos aspectos positivos que podrán anotarse en este cuadro es el general repudio de las nuevas generaciones del país a una apreciación más laxa o más enternecida de lo nativo respecto a lo extranjero. El extendido desdén por lo uruguayo que tantos quejosos anotan, es lamentable en cuanto falsifica una recta perspectiva, en la cual, de acuerdo con la lógica (y con la óptica) los objetos más cercanos tienen mayor volumen, pero es loable en cuanto importa adherir a un solo sistema axiológico y dejar que éste funcione sin interferencias sentimentales, por adverso que su resultado pueda ser a las gloriolas del lugar. Seguro, sin embargo, resulta, que el conocimiento, el trato (ya que no la formada valoración positiva) de lo nuestro: historia, contorno, personas, es deseable en sí en cuanto nos arraigan en cierto ámbito que de ineluctable modo es una de las áreas (la más pequeña) de nuestra tradición. No es inoportuno, empero, recordar que nuestra Tradición, con mayúscula, es tan vasta como todo un mundo y que a ese "arraigo" en el ámbito puede pagarse (y se paga) en peligros y en realidades de alienación vital e intelectual. Ese llevar nuestra concreta vida a otra imaginaria o hipostasiada entidad, ese estar en otro lado (más acá, más allá) de aquel en que debemos hallarnos, es perceptible en nuestras valoraciones aldeanas, en nuestras preocupaciones ínfimas, en nuestros rutinarios debates inacabables, en nuestros planteos literarios y puramente verbales, en nuestra ignorancia del mundo tremendo y dinámico que nos envuelve como una piel ajena, en nuestra fidelidad a las "ideologías" más gastadas; en una palabra, esa alienación del intelectual nacional no es, sin embargo, la mera consecuencia de un arraigo tradicional y, en puridad, no podría jamás serlo. Es más bien el resultado de vivir en un limbo tan extraño a lo que importa y sigue importando (esto es la Tradición en grande) como al impacto de los meteoros violentos del presente, de la situación histórica mundial, de la recientemente inédita condición del hombre. Pues pasa, en realidad, que aquella óptica de la cercanía en el espacio, madre de los regionalismos y nacionalismos más o menos inocuos, se cruza con otra, y muy distinta, que es la del tiempo. Una óptica que hace que sea más decisivo para nuestro destino cualquier cosa que esté ocurriendo en algún subterráneo laboratorio del Altai o de Nebraska que las gestas (o los gestos) de nuestros fundadores, nuestros civilizadores y nuestros políticos. Una óptica que coloca más cerca de nosotros el desarrollo del África, el neorrealismo italiano o la técnica norteamericana que las querellas de la 14 y la 15, los "poemarios" de Aude, o la cuestión del colegiado.

El funcionamiento de nuestra cultura vive, en realidad, más acá de esta problemática y este ser cultural de repetidores, de consumidores y de espectadores, significa que muchas veces no llegue siquiera a la conciencia de disyuntivas y de fatalidades.

Trazo concreto de ese funcionamiento es, por ejemplo, la pobreza visible del "momento ideológico" de nuestra cultura y de sus elementos conceptuales, frente a la moderada prosperidad de su "momento fantástico". Menos curioso es, en cambio, el de la mayor vitalidad de los elementos universales respecto a los condicionados, residente, nuestros. Pero las dos características engarzan bien y así, mientras el teatro y, sobre todo, el cine, suscitan una labor crítica de sorprendente solvencia y seguridad, en tanto que flanquean una necesidad social y un consumo cada día mayores, la ausencia de un pensamiento de entidad (ya sea político, sociológico, o filosófico) es (sin desmedro de calidades que trabajan en estos campos) especialmente visibles.

(Hace setenta años una cuestión como la religiosa; hace cuarenta otra como la institucional; hace veinte la irrupción totalitaria, suscitaron debates altos y densos; decidieron posiciones auténticas y bien fundadas. Desde esa época, nuestro país no conoce verdadera lucha de ideas y es desolador cómo todo se resuelve hoy en base a disciplinas de pandilla y al argumento “ad hominem” más inferior.)

No creemos posible aplaudir o refrendar esa tendencia. Inserto en un mundo cuyas vigencias se aceptan en su más empobrecida, en su más publicitada versión, el uruguayo culto se refugia (no hay otro verbo viable) en un mundo espectral de imágenes y fantasías que, aunque toquen de algún modo la condición y los problemas íntimos del hombre, los tocan de través y homogenizados rigurosamente por un formalismo estetizante que desprecia contenidos (y mensajes) como una instancia previa y exterior al arte. Mientras una dedicación sostenida sirve esa cultura de imágenes y fantasías, una problemática del "hic" o del "nunc" es atendida sólo en la más gruesa simplificación política o en las formas más insapientes de la erudición coleccionista. Sin concepto, sin sentido y noción de las conexiones entre lo nacional, lo americano y lo universal, estos afanes eruditos sólo suelen interesar a algunos señores ansiosos de homenajes y fotografías. Y si bien es cierto que las técnicas de la antropología, la historia económica y social y la sociología comienzan a hacerse presentes, por ahora están sin duda demasiado limitadas a los ambientes académicos y, salvo excepciones, parecen excesivamente faltas de ingenio personal, de material empírico sobre el que trabajar y, seguramente, de eco.

Este eco no es más, claro, que una imagen del insustituible espacio en que las manifestaciones de la cultura operan, influyen y, en puridad, existen. Un rasgo ya insinuado pero que puede resultar (aun) sorprendente es la desigual audiencia con que pueden contar las más pedestres manifestaciones del teatro (para poner un ejemplo) y el silencio, resentido o burlón, que no es inusual que rodee nuestras pocas obras importantes de investigación histórica, crítica o social. Hace cincuenta y ochenta años las obras históricas de Bauzá o algunos ensayos de Rodó, solían suscitar debates nacionales. Hoy, es posible que cosas similares pasen en una gacetilla pero en cambio se nos atiborre de discusiones sobre la tentativa (uruguayo o argentino) del más ínfimo aprendiz de dramaturgo.

No poco tiene que ver con esto la actitud de nuestra floreciente prensa que sirve a esa “cultura de masas” que es también en buena parte un epifenómeno de su influencia y de esa elección deliberada de un nivel bajo, que sólo por excepción admite cierta propaganda para los intelectuales de la casa o la [...] ¹ y (esto muy a menudo) los [...] ² materiales de los servicios de prensa de las naciones occidentales o de alguna medio-oriental...) Todos estos textos, no siempre mediocres, [...] ³ por el respectivo brillo de influencias y políticas y nada tienen que ver, en el fondo, con la “cultura”.

Una cultura de consumidores y de espectadores, con tan prominente atención por ciertas manifestaciones: cine, música, novela (extranjera), resultará en nuestras condiciones presentes una actividad en algún modo vicaria, sonambúlica, espectral. Los tres adjetivos están apuntando (tal vez sin mucha fortuna) a quehaceres que se cumplen a largo circuito de sus centrales creadoras y de una práctica viva. A modo de la conocida figura de nuestro "deportista" esto es, aquel que no mueve sus posaderas de una platea o de una grada, en el empeño cultural, los tipos afines se dan con frecuencia abrumadora. El del musicólogo, por

ejemplo, cuyo trato esencial con su arte se realiza en lo esencial a través de aquellas "dramáticas lunas negras" de las que hablaba (no en su mejor momento) Federico García Lorca. El del cineasta, que define entre nosotros una familia de portentosa erudición y sensibilidad no siempre roma pero privada, al mismo tiempo, de todo contacto con la "poiesis" efectiva del tema y de la imagen. El del crítico, por último, personaje de creciente significación y de actual eficiencia en nuestra cultura, manejando un material que, cuando es nacional, se le adelgaza bajo los pies, abocándolo frecuentemente a la digestión de lo ya digerido o, como ya ha pasado, a "la crítica de la crítica de la crítica".

¹ Ilegible en el original

² Ilegible en el original

³ Ilegible en el original